

EÇA DE QUEIRÓS

EL CONDE DE ABRANHOS

(APUNTES BIOGRÁFICOS
DE Z. ZAGALO)

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE
JAVIER COCA Y RAQUEL R. AGUILERA

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *O Conde D'Abranhos*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2012 by Javier Coca Senande
y Raquel Rodríguez Aguilera
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Obra publicada con el apoyo del Instituto Camões, I.P.



En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-15689-07-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 27 896-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

NOTA INICIAL

Desde el balneario bretón de Dinan (donde descansaba de su actividad consular en Newcastle y donde muy probablemente redactó el manuscrito de *El conde de Abranhos*), Eça de Queirós se dirigía al editor de Oporto Ernesto Chardron en carta de 16 de junio de 1879¹ anunciándole en estos términos su último trabajo:

... paso a darle algunas informaciones sobre mi nuevo libro, para su propio esclarecimiento y para que puedan hacerse los anuncios y *réclames* necesarios; y le pido que los haga generosamente, tanto ahí [en Portugal] como en Brasil. El libro se titula:

EL CONDE DE ABRANHOS
APUNTES BIOGRÁFICOS Y RECUERDOS ÍNTIMOS
por Z. ZAGALO
Su secretario particular

Como puede ver, se trata de una biografía: la biografía de un individuo imaginario, escrita por un sujeto imaginario.

El conde de Abranhos es un estadista, orador, ministro, presidente del Consejo, etcétera, etcétera, que bajo esa grandiosa apariencia resulta ser un bribón, un pedante y un burro.

De manera que el propósito del libro (además de una crítica de nuestras costumbres políticas) es la exposición de las mezquindades, estupideces, bellaquerías y sandeces que se esconden bajo un hombre a quien todo el país proclama grande.

Zagalo, el secretario, es tan necio como el ministro y lo más *piquant* del libro es que, queriendo hacer la apología de su amo y

¹ El novelista escribió por error 1878.

protector, el idiota de Zagalo nos presenta en toda su crudeza la nulidad del personaje. Pero para apreciar esta faceta cómica es necesario leer la cosa.

A pesar de ser una biografía, el libro es implícitamente una novela, porque el conde de Abranhos, como persona, tiene pasiones, se casa, es engañado, se bate en duelo, vive episodios grotescos o dramáticos, etcétera, etcétera.

De tal suerte que el libro es, en verdad, una pequeña novela presentada bajo una forma nueva que creo no tiene precedentes en literatura.²

J. C.

² Eça de Queiroz, *Correspondência*, edición y notas de A. Campos Matos, Lisboa, Caminho, 2008, vol. I, pp. 200-201, n.º 90.

A LA EXCELENTÍSIMA
SEÑORA CONDESA DE ABRANHOS

Lisboa, día primero de enero de 1879

Señora:

Durante quince años tuve el ansiado honor de ser el secretario particular de su excelentísimo esposo, Alipio Severo Abranhos, conde de Abranhos, y, desde el día de su muerte, me consume el deseo de ensalzar la memoria de ese varón eminente, orador, publicista, estadista, legislador y filósofo.

Usted, señora condesa, levanta ahora en el Cementerio dos Prazeres un mausoleo conmemorativo, donde el cincel del escultor Craveiro rememora la noble figura del conde.

Con todo respeto, señora condesa, me atrevo a imitar la piadosa iniciativa de usted y (si el artista esculpió en el mármol su envoltura material) lo que pretendo yo con este libro es reconstruir su ser moral. De este modo, la estatua se verá completada por la biografía: en el monumento, las actuales generaciones podrán contemplar la nobleza de su porte y la expresión de su rostro; en el libro, admirarán su altura de miras y la rectitud de su espíritu.

¿Y quién podría divulgar la fama de este portugués histórico mejor que yo mismo? Yo, la persona a quien él confesó sus creencias, su filosofía profundamente religiosa, su señera ambición, su puro amor a la Patria, su gran sabiduría política. Yo, que tengo delante su correspondencia, cuidadosamente archivada en el libro copiador; sus manuscritos; los bosquejos de sus discursos, con aquella letra amplia y generosa que tanto se asemejaba a su alma; yo, que durante quince años mantuve el piadoso afán de recoger hasta las menores palabras que salían de aquellos labios que la anemia, ay, adelgazaba tan cruelmente; yo, que en cuan-

to entraba en mi cuarto piso de la Rua do Carvalho, nido hogareño que su generosidad me permitió adquirir, transcribía aquellas conversaciones que (bien a la hora del té o, más tarde, en su despacho) me llenaban de admiración.

Yo fui el testigo de su vida. Otros lo vieron en São Bento,¹ en los ministerios, en Palacio, en el Grémio,² pero sólo yo lo vi (y perdóneme usted la familiaridad) en *robe de chambre*³ y zapatillas.

Todos conocen al gran hombre. Yo conozco al hombre. Junto con usted, señora condesa, a quien poco antes de morir, cuando le daba su cucharada de bromuro de potasio, él se refirió con estas palabras: «Amigo Zagalo, con la experiencia de ocho años de casado, puedo decirle que Lulú (pues en los momentos de expansión conmigo, señora condesa, era así como la llamaba; porque ante sus subalternos decía «la condesa» y ante sus iguales «doña Catarina») ha sido más que una esposa, ha sido «un bálsamo». Con ello, su ilustre marido de usted aludía a las dolorosas circunstancias de su primer matrimonio, al que solía referirse llamándolo «una plaga».

Y éstas son, señora condesa, las dos razones (el deseo de erigir en su honor un monumento espiritual y mi conocimiento íntimo de su vida) que me llevan, después de meditarlo detenidamente, a escribir esta biografía del conde de Abranhos.

De sobra sé (aunque mis escarceos literarios han sido acogidos por nuestro país con generosa recompensa) que no me sobran prendas de estilo ni de pensamiento para escribir la compleja historia del gran hombre. Para retratarlo debidamente haría falta un Plutarco, o, en tiempos más recientes, un Victor Cousin (a quien él tanto admiraba), o incluso, a día de hoy, un Herculano, un Rebelo, un Castilho; uno de esos astros que destacan en el firmamento de la Patria con perpetuo y sereno resplandor. Por otra parte, sé perfectamente que no se necesita una apoteosis biográfica para que nuestro país reconozca al hombre que perdió con

¹ Sede del Parlamento portugués. (*Salvo que se diga lo contrario, todas las notas son de los traductores*).

² Importante ateneo lisboeta. ³ Bata.

el conde de Abranhos. El duelo de toda Lisboa debió de resultar muy grato a su alma. Sí, señora condesa, debió de ser muy grato a su espíritu inmortal, conducido ya a la serenidad de los elegidos, el ver acá abajo, en esta capital que tanto amaba, en estas calles que tan bien conocía, la imponente ceremonia de sus honras fúnebres: el gentilhombre que representaba a Su Majestad el Rey; el presidente del consejo que, a pesar de una firme voluntad de acero, no podía contener las lágrimas que empañaban sus ojos; la delegación de los niños del hospicio de São Cristobão, por quienes mostraba siempre el mayor interés y a los que, con aquella gracia que en las horas felices hacía encantadora su conversación, él llamaba «mis polluelos»; la delegación de las dos cámaras del Parlamento, encabezada por el portavoz de la mayoría, el maravilloso poeta de *Sueños y embelesos*, que me dijo estas palabras memorables que quedan para la Historia: «Venimos en nombre de la viuda...», y como yo, sorprendido, le pregunté: «¿En nombre de la señora condesa?». «¡No!—respondió el poeta—, en nombre de la Tribuna, viuda del Genio». Y, por último, cerrando el cortejo, veinte coches particulares, veinticinco de la Compañía⁴ y algunos de punto, en uno de los cuales vi con admiración a unos obreros de la sociedad La Probidad Cristiana (a la que el señor conde tanto había ayudado) que venían a rendir el último tributo al hombre que, más que nadie en Portugal, amó, protegió y educó al obrero. Allí estaban, cuatro en el mismo coche, con las chaquetas de los domingos, lágrimas en los ojos y mucha fe en el corazón, para acompañar a la sepultura a quien un día dijo en la Cámara de los Diputados (sesión de 15 de agosto, *Diario del Gobierno*, n.º 2758): «No podemos dar al obrero el pan en la tierra, pero obligándolo a practicar la fe, le brindamos en el cielo un banquete de luz y bienaventuranza».

¿Quién de vosotros me negará que éste es el mejor modo de fomentar la felicidad de las clases trabajadoras?

⁴ *Companhia de Carruagens*, empresa lisboeta que alquilaba vehículos con cochero.

Pero no fueron éstas las únicas demostraciones de público dolor. La prensa, a la que se enorgullecía de pertenecer y a la que tan noblemente llamaba «portavoz del progreso», le dedicó algunas páginas que (por la unanimidad de la pena y, si se me permite descender a estos detalles, hasta por el tamaño de los artículos orlados de negro) hacían recordar los funerales de un rey.

Incluso las musas lo lloraron. ¿Quién podrá olvidar esa joya de la poesía portuguesa que dedicó a su muerte nuestro gran lírico, el delicado autor de *Cantos y suspiros*? Ay, señora condesa, recitemos ambos con nuestro común dolor esta estrofa, digna de un Hugo, de un Passo, de un Leal:

Tu cuerpo baja a tierra oscura y fría...
Tierra de Portugal. Negra y sombría
tiniebla te consume y acaba.
Mas no perecerá tu genio altivo,
volverás a la Historia redivivo,
igual que de la noche surge el alba...

Hasta la música (para que todas las artes se sumasen al coro de ese planto) le rendirá tributo con la inspirada pieza titulada *Civilización*, vals dedicado a la memoria del ilustre conde de Abranhos por el padre Abilio Figueira.

Así pues, señora condesa, ya iba siendo hora de que yo, que en aquel arrebatado de público dolor me mantuve taciturno y apartado (aunque debo añadir que el severo ataque de hígado que entonces me postró, como resultado de las largas noches de vigilia a la cabecera del eminente enfermo, me obligó a un silencio no deseado), acuda por fin a depositar sobre su tumba mis humildes recuerdos.

A él, señora condesa, se lo debo todo. A él, que con noble y desbordante generosidad me dio pan para el cuerpo y para el alma. Nunca lo olvidaré. A veces, cuando me veía un poco pálido o debilitado (sobre todo después de la bronquitis que padecí durante el invierno de 1870), él mismo iba al armario de su despacho y con sus propias manos me servía una, y hasta dos copas

de vino de Oporto de 1815. Cuando tenía invitados a cenar siempre mandaba que apartasen algún postre para que yo se lo llevara a mis hijos que, además de estos cariñosos detalles, le deben la sólida y cristiana educación de la que gozan, y que, según espero, les habilitará algún día para entrar por sus propios méritos en alguna oficina del Estado.

Pero lo que le debo sobre todo al conde de Abranhos (y soy feliz, señora condesa, de poder decirlo muy alto) es que recompusiese mi ser moral. Yo, que en la mocedad, bajo la perniciosa influencia de indecentes lecturas y vanas amistades, compartía esas ideas que la sociedad condena, me vi transformado por su ejemplo, por sus consejos, por su elocuencia y por su protección. Sí, señora condesa, su ilustre marido me halló pobre y, por lo tanto, alimentándome de lecturas perniciosamente democráticas en compañía de muchachos con talento, ¿quién lo duda?, pero completamente corroídos por los estragos de una filosofía materialista y de una sociología anarquizante. Al darme el puesto de secretario particular, con unos emolumentos suficientes para las necesidades de mi familia (a la sazón me había yo casado con mi angelical Madalena), el conde de Abranhos me brindó los medios materiales para convertirme en un conservador convencido, en un ferviente defensor de las instituciones y en un amigo del orden. Poniéndome a salvo de la pobreza (lo digo en voz muy alta), me puso también a salvo de la depravación intelectual, moral y social.

Y de usted, señora condesa, ¿qué puedo yo decir que no hayan dicho ya en la tierra los pobres a quienes cura las enfermedades y protege de la miseria; y en el cielo, los ángeles que la tienen por hija predilecta y por futura compañera? Permítame, pues, señora condesa, que ponga a sus pies este trabajo, donde he registrado por escrito la primera fase de la admirable carrera del conde de Abranhos (su meteórica ascensión a las cumbres del poder, de modesto hijo de Penafiel⁵ a ministro ilustrísimo) y don-

⁵ Ciudad portuguesa cerca de Oporto.

de he depositado lo mejor, lo más noble y duradero de mi alma:
mi respetuosa admiración por la insigne figura del conde de
Abranhos.

Seguro servidor de usted,

Z. ZAGALO
EX SECRETARIO DEL EXCMO. SR. CONDE
DE ABRANHOS, SOCIO HONORARIO DE
LA SOCIEDAD RECREATIVA DE RIO
GRANDE DO SUL
Rua do Carvalho, 108